



para que el carpintero no pudiese contar las que se iba engullendo. ¡Al revés!

—¡Eso es indigno!— exclamó Alicia furiosa—. Entonces me gusta el carpintero..., si no devoró tantas como la morsa.

—Comióse tantas como pudo—respondió Tweedledum. Esto era un problema. Luego de una pausa dijo Alicia:

—En fin, los dos eran bastante desagradables...

Aquí se detuvo un tanto alarmada al oír algo que resoplaba como una gran locomotora desde el bosque cercano a ellos; sus temores hacíanle prever algún animal salvaje.

—¿Hay tigres y leones, por aquí?— preguntó tímidamente.

—Esos son los ronquidos del rey rojo— contestó Tweedledee.

—Ven y lo verás— dijo Tweedledum, señalando la dola de la mano al lugar.

—¿No es éste un espejo?— preguntó Alicia. Tweedledum, señalando el espejo.

Alicia no pudo decir nada. El rey tenía pánico de dormir con una borla enrollada sobre el hueco de la cabeza muy fuerte, con un cuchillo en la mano para arrancaran la cabeza», s.

—Me temo que pesquemos la hierba húmeda— dijo la niña sumamente compasiva.

—Está soñando— dijo Tweedledum. ¿sueña?

—Nadie es capaz de soñar.

—¡Contigo!— exclamó Alicia con aire de triunfo—. ¿dónde te parece que estoy?

—Donde estoy, supongo.

—¿De ninguna manera. ¡Certo desdén—. ¡No estoy soñando! tú sólo eres una e.

—Si el rey se despertara te extinguirías... ¡Puff!

—¡No quiero!— protestó Alicia. Además, si yo soy una es.

son ustedes?

—¡Item, ítem!— convi.

—¡Item, ítem— repitieron.

Y gritaban tanto que no podían intervenir:

—¡Chitón! Lo vais a hacer terribles.